



TODAS LAS VIDAS DEL PALACIO PEREIRA

De lujosa residencia aristocrática a sede de un movimiento revolucionario en la Unidad Popular, el Palacio Pereira ha sido escenario de historias legendarias. Tras décadas de deterioro constante y años de promesas públicas y privadas para su restauración, finalmente uno de los edificios más icónicos del centro de Santiago volverá a cobrar vida como sede del nuevo Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, con espacios abiertos al público. A pocos meses de su inauguración, conversamos con los protagonistas de su historia y también de su resurrección.

Por Juan Cruz Giraldo
Producción periodística: Cristobal Bley
Fotos: Pablo Izquierdo
Ilustración de portada: Edith Isabel

Casi trescientos trabajadores se pasean entre andamios y telas, lijando maderas e interviniendo paredes. En pleno centro de Santiago, a pocas cuadras de La Moneda, el ruido y el movimiento de la obra no es el de cualquier otra torre de departamentos ni el de un edificio de oficinas. Lo que suena es la recuperación de un edificio histórico, inmenso y olvidado, que vuelve a cobrar vida tras casi cinco décadas de decadencia.

Construido en 1874 como residencia para una de las familias más ricas de Chile en el siglo XIX, más tarde se convirtió en el Liceo 3 de Niñas, sede del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), casi se transforma en la envoltura de una torre habitacional de 20 pisos y, hoy, por fin, está a punto de revivir como flamante edificio público.

La obra, diseñada por el arquitecto francés Lucien Henault –responsable también de la Casa Central de la Universidad de Chile, el Teatro Municipal y el Ex Congreso Nacional–, fue un pedido de Luis Pereira Cotapos, un político y empresario minero que encargó una casa de 2.247 m² y dos plantas para su mujer, Carolina Íñiguez, y sus once hijos. Su majestuosidad era un grito de identidad de la naciente aristocracia criolla, que ya no miraba la arquitectura hispánica o colonial como un referente, sino que aspiraba al estilo francés, un ejemplo de libertad republicana.

Tras la muerte de sus dueños, a comienzos del siglo XX, el edificio fue vendido al arzobispado, arrendado al Ministerio de Educación, y después pasó a manos de privados que no le dieron ningún uso específico. De ahí, la soledad y una familia de cuidadores fueron por décadas los únicos huéspedes permanentes de esta emblemática construcción, que nunca ha dejado de llamar la atención por su monumental y destartalada fachada, en la intersección de las calles San Martín y Huérfanos. Recién en 2011 fue adquirido por el Estado como parte del plan Legado Bicentenario, y se licitó un concurso público para restaurarlo y convertirlo en la sede del nuevo Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a un costo de casi \$14 mil millones.

En obra desde fines de 2016, con un equipo liderado por la arquitecta Cecilia Puga, hoy el exterior del palacio está cubierto con un lienzo que tapa la fachada, y en el interior se trasladan pedazos fracturados de puertas, ventanas, rejas de hierro y ornamentos. Las paredes se tratan con bisturí para sacar las capas de pintura que taparon el color original. Además, el nuevo palacio –cuya inauguración está programada para el segundo semestre de este año– albergará un edificio independiente de cinco pisos y dos subterráneos, una cafetería, biblioteca y salas de exposiciones abiertas a todo público. Un esplendor renovado para un edificio que ha sido –y continúa siendo– escenario de 140 años de historia y personajes.



Los arquitectos Paula Velasco, Cecilia Puga y Alberto Moletto, son los encargados de restaurar el edificio que en la década de los 70 fue declarado monumento histórico.

LOS ARQUITECTOS

La primera vez que Cecilia Puga, Paula Velasco y Alberto Moletto entraron al Palacio Pereira, en 2012, parecía el set de una película de posguerra. Por el techo se colaba la luz, había importantes grietas en las paredes y todo estaba cubierto de polvo y excremento de paloma. En el piso quedaban los espacios donde antes había lujosos paneles de mármol o madera. En uno de los salones, que antes era techado, crecieron árboles y plantas, y había ornamentos con riesgo de desprendimiento en todo el edificio.

Ha pasado más de un año de trabajo, y a pocos meses de entregar la obra, Puga explica que la ruina no es un elemento que ella y su equipo quieran borrar. "No pretendemos devolverle el esplendor original al palacio. Si esa es la expectativa, va a ser defraudada, porque lo que veremos será un edificio restaurado que en su piel tendrá sutiles huellas de experiencia y esfuerzo, como una persona que ha vivido mucho tiempo. Para un ojo entrenado será posible identificar cuáles son los restos originales, cuáles son las intervenciones que se hicieron entre medio y también las de hoy. Queremos que conserve sus cicatrices, pero sin que se vea discontinuo o fragmentado", explica la jefa del proyecto.

Para llevar adelante el proyecto, ha sido necesario que todas las partes involucradas trabajen en conjunto, lo cual ha significado logros como incorporar normas internacionales para procesos que en Chile no estaban regulados, como es el caso de la albañilería simple. "Acá no sólo está reflejado nuestro trabajo y voluntad como consultores, sino que está el esfuerzo de los profesionales del Ministerio de Obras Públicas, con los que hemos podido dialogar y trabajar desde el principio para que esto resulte de la mejor manera posible", dice Puga.

Originalmente, el palacio simbolizó un lugar de estatus y encuentro para la aristocracia nacional. Para Puga, sus espacios construyeron una escenografía para la vida social de ese entonces. El palacio funcionaba como un lugar para esas relaciones sociales y públicas. "Por eso para mí es un proyecto emblemático: porque el Estado compra un edificio patrimonial del siglo XIX para restaurarlo y entregarlo a la ciudad. Gracias a eso, todos vamos a tener acceso a algo que formaba parte de la intimidad de los grupos de élite de la época. Con este acto se democratiza el lujo".

En el interior, se están reconstruyendo las molduras y revestimientos con los mismos materiales que se usaban originalmente. "Nos gusta pensar en la idea de que el nuevo edificio parezca un andamio, porque simbólicamente, aunque el Pereira vuelve a estar funcional, continuamente está adquiriendo capas de nueva información. Desde sus inicios siempre ha estado en transformación".



Luz Pereira Lyon, madre de Nieves Cosmelli Pereira, les contaba a sus hijos las historias de su infancia en el palacio en la década de los años 20.

LA DESCENDIENTE

Nieves Cosmelli Pereira tenía seis años y vivía en la Patagonia junto a sus ocho hermanos, su papá –un español de Mallorca amigo de sus primos– y su mamá, Luz Pereira Lyon, nieta del matrimonio Pereira Íñiguez. El crudo clima de Aysén los dejaba a veces sin luz ni agua, pero al mismo tiempo su mamá les contaba historias de una vida de fantasía en la capital. Existía un palacio en el que vivían sus abuelos, matrimonios completos con sus hijos, y docenas de empleados domésticos. "Mi mamá nació y creció ahí. Todos vivían como un clan", cuenta Nieves.

Luz les contaba que en el palacio había caballerizas con coches, una capilla y salones enormes llenos de todo tipo de lujos y comodidades: pisos en madera, paredes tapizadas en seda, muros de mármol y esculturas. "Mi bisabuelo, Luis Pereira, era socio de un francés en la minería", dice. "Él lo ayudó a amoblar y le hizo las compras de todo el mobiliario en Europa".

Pero Luz dejó todo esto por amor y siguió a su marido hasta Aysén, donde él quiso incursionar como empresario navegante. Allí se quedaron hasta la década del sesenta junto a los niños. "Mi madre nos contaba de Carolina Íñiguez, su abuela, más conocida como la 'gran mamá', una mujer de fuerte personalidad que se encargaba de que todo funcionara: ella articulaba el palacio y la familia completa. La describen tremenda guapa, simpática y perfecta anfitriona, pero todas esas historias sonaban tan lejanas a nuestra realidad que más bien parecía como si nos contaran un cuento de hadas".

Ya de adulta, viviendo en Santiago, cada vez que pasaba por el centro, Nieves veía el palacio por fuera sin poder entrar. Recién el primer semestre del 2017, junto a otros treinta parientes, ingresó invitada por el equipo de los arquitectos a cargo. Con casco y zapatos, Cosmelli recorrió algunos de los pasillos por los que también caminó su mamá. Entre el polvo y los escombros, los familiares más jóvenes sacaron sus celulares y tomaron fotos del techo y los vestigios de los ornamentos, mientras hacían preguntas a los parientes mayores. "Decir que tu abuela vivió aquí es como jugar a la Cenicienta. Es lindo conocer la historia de tus antepasados, es emocionante reconocer que todo esto forma parte de nuestras raíces, pero hoy uno tiene una vida sencilla y corriente, muy distinta de todo esto", dice Nieves. Y agrega: "Mi mamá, habiendo tenido estas experiencias, estaba feliz de vivir en el campo, adaptándose a una vida aventurera en la Patagonia. Conversaba con todo el mundo, se metía en el bosque, recogía ramas silvestres y armaba ramos para decorar la casa. Ella era una reina, pero no por haber vivido en un palacio, sino porque era una gran mujer".



Francisca Castro, licenciada en Artes Visuales, comenzó su propio taller de reproducción y ornamentos tras su experiencia como restauradora en la obra.

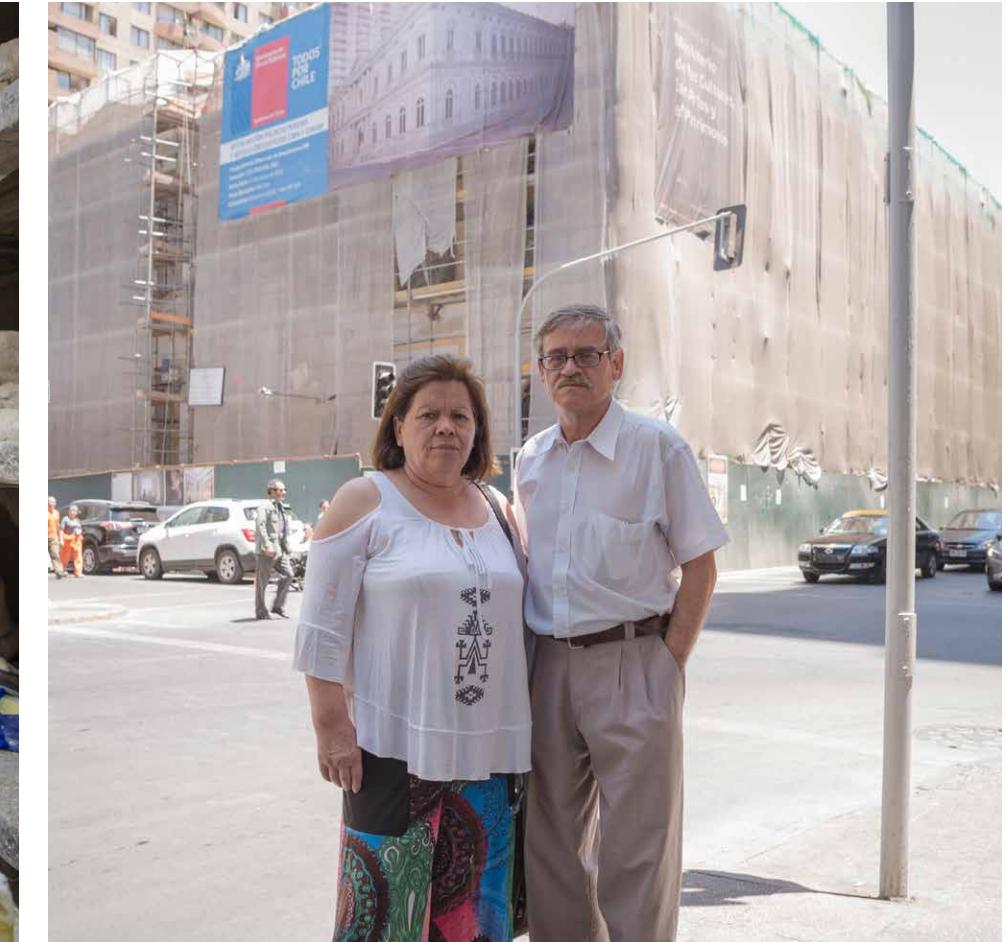
LA RESTAURADORA

Francisca Castro (30) es licenciada en Artes Visuales y lleva un año y medio trabajando en un pequeño espacio que se conoce como el laboratorio de restauración del Palacio Pereira, instalado entre los muros del edificio y los andamios de la obra. Amoblado con un par de repisas y mesas iluminadas, ella se mueve usando antiparras, un casco y un uniforme color naranja mientras manipula sus herramientas: martillos, espátulas y bisturíes, además del yeso piedra y la estopa, los materiales que generalmente usa para las reproducciones.

En los estantes hay 1.600 paquetes que contienen entre uno a cinco ornamentos originales rescatados de la fachada y el interior. Hay ménsulas, dentículos, capiteles y molduras. Arcos, bloques y pedazos de guardapolvos. Cada objeto fue separado, catalogado y almacenado por ella y otros cinco colegas restauradores. Todos los hallazgos tienen un número que identifica el lugar exacto que ocupaba en la casa, y que está trazado en un mapa. Todo para que, en el momento en que la edificación esté totalmente habilitada, dé fe del diseño original que encargó Luis Pereira en el siglo XIX.

Sólo en la fachada hay 36 tipos distintos de ornamentos. Para restaurar la corona de una columna, por ejemplo, Francisca destinó casi un mes únicamente para sacar el molde inicial, retocarlo y ver su resultado. "Reproducir desde un molde es como parir una guagua. Fabricas la pieza y la tienes que retirar con cuidado para que no se rompa. Después la ves crecer, cuando está expuesta. Ves cómo se comporta el material y cómo dialoga con las reproducciones de al lado. Es bonito, porque uno puede ver su mano ahí, saber que hizo un aporte a la estética del palacio, ya restaurado".

El viernes pasado fue el último día que Francisca se desempeñó en la obra. Renunció para dedicarse de lleno a La Matriz, la empresa de restauración y reproducción que fundó junto a la escultora Camila Astaburuaga (32), quien también trabajó hasta hace poco en el Palacio. "Moverse entre los andamios con rapidez es una experiencia muy distinta a la de trabajar desde una mesa en un taller. Aquí manejamos piezas complejas, como un capitel esquinero –la coronación de una pilastra– y tuvimos que aprender a sacar moldes in situ. Mi paso por el Palacio Pereira reafirmó mi amor por la carrera, porque fue un desafío enorme", reflexiona.



Maria León y Marcos Lelas dejaron el edificio en 2016 tras cuarenta años habitándolo. Fueron los últimos en vivir allí.

LOS CUIDADORES

En 1976, Marcos Lelas tenía 17 años y llegó a trabajar como cuidador del palacio por encargo de la familia Couyoumdjian, entonces dueños del edificio. Desde el principio, supo que no estaba en un lugar cualquiera, y la mayoría de sus recuerdos rozan con eventos paranormales: asegura que la casa se limpiaba sola y que podía ver los fantasmas del matrimonio Pereira Íñiguez y también el de Rosita, una nana que murió tras caer del segundo piso persiguiendo una gallina.

Tres años después de su llegada, Lelas se casó con María León y juntos habitaron la casa. En la madrugada, mientras dormían con sus tres hijas, a veces Marcos sentía que los muebles se movían de lugar. Pero nunca les pasó nada malo, él cree que los espíritus los cuidaban por el amor y el respeto que su familia tenía por la casa.

En los 80, Raúl del Río, el nuevo dueño del inmueble, mantuvo a los Lelas León en sus puestos de trabajo. "Él quería transformar la casa. Presentó miles de proyectos, pero se los negaban: una torre de vidrio, un edificio de oficinas, pero iban y venían los problemas con la Municipalidad. Al final perdió la plata, no ganó nada ahí", cuenta María. "Él sabía que se iba a deshacer del palacio, pero nos dijo que cuando saliéramos de aquí, no íbamos a tener que preocuparnos de nada".

El Estado compró la propiedad en 2011, pero María León recibió recién en 2015 la noticia del desalojo. Se angustió porque por primera vez iban a tener que buscar una casa y un nuevo trabajo. Pensó en su marido, sus tres hijas, los dos nietos y los tres perros que vivían en un ala del Pereira. Finalmente, en junio de 2016 echaron sus muebles en un camión y con tristeza dejaron el edificio patrimonial.

Hoy, tras 40 años viviendo en la monumental construcción, arriendan una casa en Maipú de tres habitaciones donde viven todos juntos.

"El Pereira no quedó en ruinas porque hayan entrado los militares a sacar a los comunistas, o por el terremoto del 85. Cuando nosotros llegamos las puertas estaban en los marcos, la madera del piso existía y un tercio del techo igual. También la ornamentación, el mármol y las baldosas. Pero los mismos dueños se fueron llevando las cosas", cuenta la mujer.

La mamá y las hijas recuerdan con amargura la forma en que tuvieron que salir de lo que fue su hogar por tantos años. Marcos, por su lado, no quiere separarse de él y por eso consiguió un trabajo como estafeta en el Instituto de Ingenieros de Chile, el edificio contiguo por la calle San Martín. Ahora camina por fuera de su ex hogar pero ya no puede ver la puerta. Casi toda la fachada está tapada con lienzos de la construcción. Observa melancólico, pero también alegre: "Por fin, esta vez, las cosas se están haciendo con algo de respeto", dice.



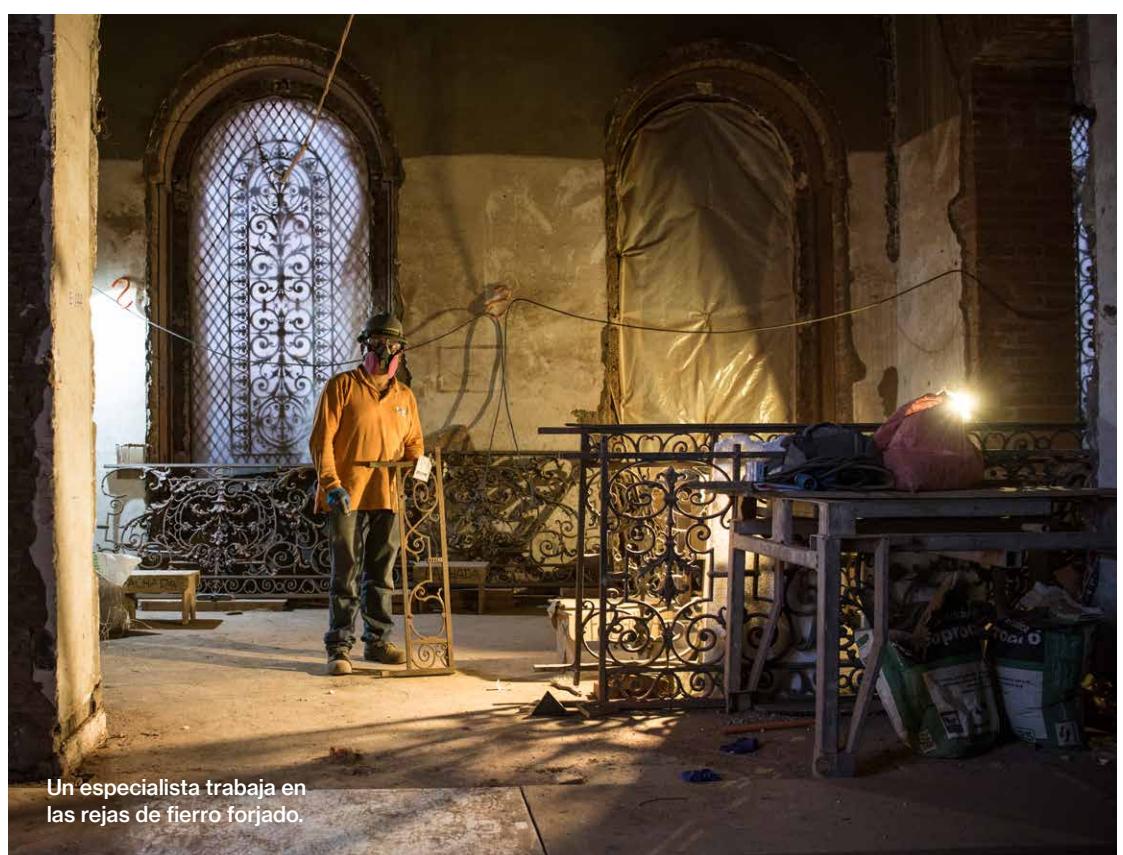
En el laboratorio de reconstrucción, se injertan partes de madera a las puertas y ventanas del siglo XIX.



Los ornamentos originales conviven junto a las reproducciones hechas de los mismos materiales utilizados en la época.



El cielo del salón crucero en cristal era uno de los principales atractivos del palacio.



Un especialista trabaja en las rejas de fierro forjado.



Aquí se aprecian los tres elementos que componían la estructura del palacio: el yeso, la cal y el ladrillo.



Un volante de la Unidad Popular se conservó bajo múltiples capas de pintura verde. Los restauradores lo encontraron en uno de los muros.

LOS REVOLUCIONARIOS

El 29 de junio del 73, Demetrio Hernández, actual secretario general del MIR, tenía 18 años, y, junto a un centenar de jóvenes, se encontraba al interior del Palacio Pereira. Ese lugar fue el punto de encuentro de la concentración de miembros del partido antes de caminar directo hacia La Moneda para apoyar a Salvador Allende después del Tanquetazo, el primer intento de Golpe de Estado durante la UP.

Desde los 70, el edificio albergaba a la Federación de Estudiantes Vespertinos y Nocturnos (Fevenoch), la Federación de Estudiantes Campesinos y la Federación de Institutos y Escuelas Particulares (FIEP), entre varias otras. “Algunas de estas organizaciones sociales fueron conducidas por nuestro partido y eso hizo que en la práctica, nosotros ocupáramos las instalaciones. Teníamos reuniones del MIR y habían escuelas de cuadros”, recuerda Hernández.

El joven Demetrio miraba esta gran estructura con respeto. El salón de la entrada y los elementos que ya estaban deteriorados hablaban de un pasado esplendoroso. “Allí se daba una de las experiencias masivas de formación y discusión política más importantes de la época. Nos encontrábamos todos los estudiantes de distintos lados sociales, que discutíamos y que analizábamos la realidad política de ese momento. Pero no había mucha conciencia sobre la paradoja de estar en un palacio aristocrático haciendo la revolución”, reflexiona el dirigente.

LA LICEANA

Cuando Esther Díaz González pasa por malos momentos en su vida, sueña con el Palacio Pereira. Camina por sus pasillos, sube por sus escaleras, cruza el patio y mira por las ventanas. “Cada vez que estoy angustiada automáticamente sueño con eso, aunque en el día ni siquiera lo haya pensado”, dice esta trabajadora social de 66 años y ex estudiante del Liceo 3 de Niñas, que funcionó en el edificio patrimonial desde la década del 40 hasta el año 68.

Díaz se matriculó en sexto básico en el liceo y terminó ahí su Enseñanza Media. Tomaba el recorrido San Eugenio-Recoleta y se bajaba en el paradero de Huérfanos. “Para una niña que vivía en una casita pequeña de San Miguel, estar ahí era fascinante. El cielo alto, las rejas de fierro forjado, las estructuras de mármol y las esculturas. Todo un sueño”, recuerda.

Cuando en 2012 Esther leyó en el diario que el palacio por fin sería restaurado se emocionó. Pasó por fuera de la construcción junto a su hija, vio el estado en el que se encontraba el inmueble y se puso a llorar. “Este es un gigante humillado”, le dijo. Ahora está esperanzada, y asegura que apenas la obra esté inaugurada viajará desde Pichidegua, donde vive, para volver a estar dentro de su ex colegio.